

había recobrado el juicio por uno de aquellos fenómenos inexplicables, el llanto acudió á sus pupilas en torrentes y con voz ahogada por los sollozos exclamó:

—Rosalía!---- Rosalía!---- yo despierto de ese sueño---- el tiempo ha pasado por delante de mí sin que me haya percibido---- siento que la razon vuelve á mi cerebro---- he estado loco, loco por tu abandono---- pero ya siento, ya veo---- ya mi pensamiento vuelve á encenderse---- todo lo comprendo y te perdono---- tengo celos de ese cadáver---- apártate---- por---- com---- pa---- sion!

—Pedraja, tú tambien has vertido la sangre de ese hombre.... reconócelo, es el capitan don Félix!

—Es cierto---- es cierto! gritó Pedraja, yo soy un infame.... pero aquella noche tenia celos y tú provocaste mi saña vengadora.

--Huye de aquí, entre nosotros está la sombra de mi esposo---- mira este niño, es su hijo, esa criatura infeliz que llora la muerte de su padre!

—Adios, señora, dijo Pedraja, sombrío como la fatalidad; huid con vuestro padre, huid por compasion---- ya no nos volveremos á ver---- Dios lo ha querido!

Pedraja se retiró en silencio, llegó á la choza á cuya puerta estaba atado su caballo, montó precipitadamente, y azotando sin compasion al noble animal se perdió en las soledades del desierto.

CAPITULO XVIII.

EL SUPPLICIO DE UN HÉROE.

I.

El treinta de Julio de 1811 se notificó al cura Hivalgo que entraba en capilla y que moriria á las veinticuatro horas que las leyes daban á los sentenciados para disponer sus cuentas con el cielo.

Trasladóse el caudillo á un cuarto del mismo Hospital que está bajo la torre de la capilla: la campana marcaba las horas que se deslizaban veloces como el sonido en el espacio.

El héroe permanecía impasible, la sentencia del consejo era esperada de antemano, así es que Hidalgo no se sobrecojió al escucharla. Dispúsose á recibir los Sacramentos con aquella misma serenidad que no le abandonó ni aun en el supremo instante de la muerte.

Hidalgo sabia que la la vacilacion era la pérdida de su doctrina, y aceptó, como Jesucristo, el último sacrificio.

Asustáronse los sicarios de aquel poder tiránico al ver la actitud del caudillo, y temblaron por el porvenir: decidiéronse á suplantar la historia, á engañar al mundo entero, á profanar los postreros instantes del caudillo, para ahogar la revolucion y llevar al *hombre* y á la *idea* á morir al mismo suplicio.

Introdújose el canónigo doctoral de Durango don José Ignacio de Iturribarría en la prision de Hidalgo, seguido del bachiller don Mariano Urrutia, el fiscal Abella, un escribano y dos testigos, á quienes se les mostró una orden reservada del vireinato, del arzobispado de México y del tribunal de la Inquisicion----

Hidalgo se extrañó al ver á esos hombres á quienes creia haber perdido de vista para siempre.

—Señor, dijo el canónigo, un asunto de una gran importancia para la religion y para la patria, no ménos que para la disciplina eclesiástica----

—Explicaos, señor canónigo, porque no percibo el punto de contacto que tengo con todo ello.

—Habeis recibido, señor Hidalgo, con toda la caridad cristiana, la noticia de vuestra muerte.

—No es cosa que me preocupa, señor canónigo; el destino del hombre es morir, y esa sentencia la traemos de las entrañas de nuestra madre.

—Es cierto, señor.

—Os veo indeciso, nada que podais decirme----

—Conozco vuestro espíritu y vengo á traeros una súplica que os hacen vuestros prelados y que os indica el gobierno.

—¿Súplica á un hombre que va á morir?

—Sí; escuchadme, habeis visto el mal éxito de la revolucion.

—Perdonad, yo nunca creí que mi desaparicion la perjudicase; estoy persuadido de que seguirá hasta su completo triunfo.

—Decia, señor, que se trata de que escribais un manifiesto, ó mas bien que adopteis el que venimos á proponeros. En él acon-

sejais la paz que es vuestra mision como sacerdote, abjurais de vuestros errores y pedís perdon á la Iglesia y al Santo Oficio.

—Mis errores! exclamó Hidalgo, son por ventura las ideas que abrigo de la felicidad de la nacion con la independenciam?

—No es mi ánimo entrar en una polémica con el señor Hidalgo.

—Caballero, yo he obedecido á mi conciencia y no pasaré por la humillacion que venís á proponerme---- No, no me rebajaré ante el pueblo mexicano ni haré vacilar su fé; eso seria detenerlo en la marcha gloriosa que ha emprendido en busca de la emancipacion!---- os ruego que me dejéis tranquilo en mis últimos momentos, no vengais á insultarme al borde del sepulcro.

El canónigo quedó confundido con aquellas palabras; pero cediendo al mandato que traia insistió.

—No es precisamente una retractacion la que se os propone.

—Excusadme, señor canónigo, el disgusto de esta entrevista; os vuelvo á suplicar no interrumpais los pocos instantes que me restan.

—Es que si os resistís, ya vuestra firma aparece al calce de este documento.

Oyerónse entónces crujir las cadenas que aprisionaban al héroe; le habia sobrecojido un temblor espantoso ante aquella infame revelacion.

—Sois un miserable! gritó lleno de indignacion, venís á escupir sobre una frente que queria presentar sin mancha ante la posteridad---- venís á empañar mi nombre---- sabed, señor canónigo, que este es el mayor suplicio que podríais darme---- os vengais de una manera terrible!----

—Así lo exigen las circunstancias, y la paz del Estado, y la respetabilidad de la Iglesia, y el acatamiento á la Inquisicion!

—La Iglesia---- el Estado---- la Inquisicion!

—¿Qué le debo á la Iglesia?---- sus anatemas!---- ¿Qué le debo al Estado?---- mi sentencia de muerte!---- ¿Qué le de-

bo á la Inquisicion?---- verme degradado y envilecido!---- yo olvidaría todo; pero el pueblo ha sido mas degradado que yo.... esos tres poderes le han vejado hasta tenerlo en la esclavitud, le han puesto un estigma afrentoso, han explotado su sangre y le han escarnecido! ¿Y es en nombre de esos poderes como venís á proponerme una abjuracion? Atras, sicarios!---- yo os maldigo en nombre de ese pueblo sumiso y avasallado---- matad mi nombre, llenad de baldon mi memoria, que la revolucion seguirá adelantando hora por hora, porque está escrito que los pueblos sacudirán el yugo de las tiranías!

—Señor cura Hidalgo, gritó á su vez el canónigo, morís impenitente; pero nosotros os haremos aparecer en otro sentido ante el juicio público.

—Haced lo que os parezca, yo protesto contra vuestra falsedad, y de entre vosotros saldrá el que proclame que yo he muerto llevando intacto en mi fé y en mi conciencia el sagrado pensamiento de la libertad de América.

—No lo creais, estamos bajo el juramento y prescripciones de la Inquisicion

—Basta!---- basta!---- dejadme.

—Hemos entrado en vuestra prision para convencer al pueblo de que es cierta la *retractacion*, porque vos no podreis desmentirla; porque morireis solo, en el silencio de este calabozo.

Hidalgo no pudo responder ante aquel cinismo y aquella perfidia.

—Oid, decia furioso el canónigo, oid, puesto que no os podeis zafar de esas cadenas que os aprisionan; oid vuestra *abjuracion* y temblad:

“Confieso que nada de cuanto he hecho se puede conciliar con la doctrina del Evangelio, ni con mi estado sacerdotal; que reconozco y confieso de buena fé, que mi empresa ha sido tan injusta como impolítica, que ella ha acarreado males incalculables á la religion, á las costumbres y al Estado en general, y muy particularmente á esta América. Así mismo me reconoz-

co *responsable* de todos estos males, todo lo cual es muy sensible á mi corazon y así deseo llegue á noticia de mi ilustrísimo prelado, á quien por tantos títulos estoy obligado y de cuyas luces no me he sabido aprovechar, y muy rendidamente le pido *perdon* de los sustos é incomodidades que su señoría ilustrísima ha tenido que sufrir por mi causa, é igualmente lo pido al Santo Tribunal de la Fé, de no haber obedecido y de las expresiones irrespetuosas con que me atreví á impugnar su edicto; así mismo al excelentísimo señor virey de este reino y demás autoridades constituidas, por mi inobediencia, y á los pueblos por el mal ejemplo que les he dado, en cuya virtud les ruego se *aparten de los caminos de la insurreccion*, que no pueden llevarlos sino á su ruina temporal y eterna.”

—Y todo esto, dijo el canónigo, lo certificarán el secretario y los testigos, y ademas haremos pasar por vuestro un *manifiesto* en el mismo sentido.

—Os tengo compasion, dijo Hidalgo con voz tranquila; no son esas frases las que pueden atribuirse al hombre que ha desafiado vuestro poder, os ha combatido y morirá sereno mañana en el cadalso---- la historia se alzará mas tarde para desmentiros, la debilidad humana no llega á colocar al hombre en una postracion tan vergonzosa.... Publicad ese documento, circuladlo entre los vuestros, que no será creido por mis soldados---- esas palabras no lastimarán su fé, porque verán en ellas un rasgo nada mas de vuestra perfidia---- ¿Podeis suponer que la voz de un hombre, aunque fuese la mia, pudiera apagar la hoguera encendida de la revolucion?.... Id en paz, mañana estaré libre de estas cadenas y mi espíritu volará en torno de mi ejército, en torno de ese pueblo que combate por sus libertades!----

—La historia no podrá penetrar este misterio, dijo el canónigo.

Hidalgo hizo un ademan imperioso señalando la puerta á aquellos desgraciados pigmeos que osaban medirse con el héroe.

Hidalgo habia tenido mas resistencia que Galileo: aquel sa-

bio abjuró delante de los inquisidores; no obstante, pronunció el "*E pur si muove,*" que revelaba la fuerza de su conciencia.

—Yo muero, dijo Hidalgo, y sin embargo *la nacion se mueve; je pur si muove!*

El movimiento es el progreso, y las sociedades podrán llegar mas ó menos maltratadas á su destino, pero no podrán detenerse porque Dios ha ordenado el movimiento como la ley eterna de la existencia humana!

II.

El sol del 1^o de Agosto apareció en el horizonte como la antorcha fúnebre que debia alumbrar el patíbulo de Hidalgo.

Los alcaides de la prision Ortega y Guaspe, estaban al lado del anciano sacerdote, que habia orado la noche entera.

—No parece, sino que vosotros sois los sentenciados, dijo Hidalgo dirijiéndose familiarmente á aquellos hombres.

—Señor, dijo uno de los alcaides, os he tratado en estos últimos dias y cobrado un grande afecto.

—Gracias, Ortega, yo llevo el sentimiento de la gratitud hácia vosotros, únicos de entre mis contrarios á quienes debo miramientos y distinciones.

—No nos llameis así, somos vuestros amigos y ----

—Silencio, no olvideis "*que la lengua guarda el pescuezo.*"

Ortega y Melchor Guaspe estaban admirados de tanta sangre fria.

—Dadme papel y pluma, dijo el cura; no soy poeta pero quiero dejaros un recuerdo.

Los alcaides salieron por el recado de escribir.

Cuando Hidalgo se encontró solo, dejó ver su profunda agitación.

—No, no estoy tranquilo, la calumnia viene á herirme en mi

propia tumba ---- mis enemigos son implacables ---- ese *manifesto*, esas *declaraciones* apócrifas pueden desmoralizar al pueblo en estos momentos supremos ---- Cuando se sepa que he vacilado, va á comenzar el desconcierto y acaso me maldecirán. . . . esta idea me abrumba y calcina el cerebro ---- creia morir tranquilo, la saña de estos hombres me alcanza en el postrer instante! ---- antes que firmar esos paples pondria la mano al fuego como Mucio Scévola. Es necesario aprovechar los momentos, necesito escribir algo, revelar que mi pulso no tenia un latido mas, que mi cabeza estaba serena ---- revelar en pequeñeces el estado de mi alma, ya que el pueblo no puede penetrar en este calabozo.... yo debo sonreir ante la muerte, los que me rodean podrán contarlos.... quiero dejar en la tradicion la historia de estas últimas horas.... sí, escribiré, hablaré.... esa será la mejor revelacion de que no estoy aterrizado, de que ni las palabras de mis enemigos, ni las solemnidades de la *degradacion*, han influido en mi alma ---- Dios mio! ---- Dios mio! ---- que mi nombre no se empañe, que mi fama no se rebaje, que la historia no reniegue de mí!

Las lágrimas empañaron los ojos del mártir, que temblaba ante la posteridad.

Levantarse como un gigante delante de tres siglos, representando á una raza que se creia sepultada en los escombros de la conquista, asistir á cien combates, colocarse en el pedestal de la gloria, aceptar el martirio, sufrirlo con valor y serenidad, para creerse despues maldecido, y condenado ante el juicio de los hombres, era el suplicio mas atroz que pudiera inventar la desesperacion humana! ----

Ortega y Guaspe entraron en el calabozo.

—Os habeis dilatado sabiendo que tenemos pocos instantes de que disponer.

—Dispensadnos, pero hay orden de no proporcionaros papel ni pluma.

—Dadme un pedazo de carbon, la pared, la pared es buena hoja para escribir.

Ortega le presentó lo que pedia, y el anciano, procurando revelar la tranquilidad mas perfecta y llevado de la idea que se habia propuesto, escribió en la pared unos versos de despedida.

—Los copiareis cuando haya muerto, dijo Hidalgo.

—Tomad el desayuno, señor, dijo Ortega.

Sentóse Hidalgo á la mesa y observando que le habian servido menos porcion de la que acostumbraba, dijo sonriendo á los alcaides:

—No porque me van á quitar la vida he de tomar menos alimento.

En aquel instanté comenzó el toque de *rogativa*.

—Ya estoy próximo al cadalso.

Ortega y Guaspe estaban profundamente emocionados.

Dejóse oír el toque de las cajas y el oficial penetró en la prision acompañado de algunos soldados.

El oficial no se atrevió á hacer indicacion alguna.

—Vamos, dijo Hidalgo; señores, dadme el abrazo de despedida, es justo decirle adios á los huéspedes y mas aún cuando el viaje es largo.

Los alcaides abrazaron llorando al sacerdote.

Ya habia dado algunos pasos, cuando se volvió diciendo al oficial:

—Perdonadme, habia olvidado unos dulces con los que deseo obsequiar á vuestros soldados.

Tomó los dulces que estaban en la mesa y los repartió á la escolta.

—Ahora sí, estoy á vuestras órdenes.

Aquel cuerpo debilitado por los años y abrumado por el hierro de las cadenas, caminó con pié firme, animado por el espíritu gigante que Dios habia arrojado en su ser privilegiado.

III.

La multitud rodeaba el hospital desde media noche, las bayonetas guardaban el edificio en una triple valla, y amigos y enemigos estaban acosados por una inquietud terrible.

El suplicio de Hidalgo es un acontecimiento que llena un siglo.

Salió el anciano en medio de la tropa: su semblante era tan magestuoso, que mas bien parecia destacarse como en las horas solemnes de sus triunfos, rodeado de sus banderas y seguido de su ejército, que caminar al patíbulo como un sentenciado.

Es que el temple de aquella alma, despreciando el barro de la materia, se alzaba hasta su Dios para rendirle en el trance final un homenaje!

En la espalda del Hospital hay un sitio que fué señalado para la ejecucion del héroe.

La tropa formó cuadro en aquel siniestro lugar y las oleadas de la gente venian á detenerse allí, como las aguas del oceano en las rocas de un playa desierta.

Levantóse un murmullo entre la multitud, los parches tocaban marcha en son de duelo y el ruido de las armas circuló entre los soldados del cuadro.

Era que el prisionero llegaba al patíbulo.

Aquel mar agitado se serenó como si Dios le hubiera impuesto silencio.

El caudillo avanzó hasta colocarse cerca de la pared del Hospital, arrodillóse presentando el pecho á las armas, así lo habia hecho en las batallas, así lo encontraba la muerte en aquella solemnidad sangrienta.

Las campanas enmudecieron y la multitud parecia haberse petrificado.

—Se hubiera oído el aleteo de una ave que pasase para el desierto.

Avanzaron los soldados al centro del cuadro, el oficial dió la señal con su espada y tendieron instantáneamente las armas.

Oyóse una sola detonacion que hizo estremecer á todos los espectadores de aquella terrible escena.

El plomo atravesó el pecho del caudillo, pero no fué bastante á arrancarle la vida.

Hidalgo vaciló un instante, puso una mano sobre la tierra en busca de apoyo, y llevó la otra al pecho de donde brotaba la sangre en oleadas tumultuosas.

El héroe revolvió su mirada en torno suyo, intentando balbutir algunas palabras.

Instantáneamente salieron otros seis soldados de las filas é hicieron fuego á quemaropa.

Entónces aquel hombre vencedor en los combates, caia á su vez vencido por la muerte que habia llevado uncida á su carro de victoria en los campos de batalla!

Mártir de la libertad, ya está satisfecho el rencor humano! tu sangre ha unguido con el óleo de la regeneracion este bendito suelo y puesto el crisma de su salvacion sobre la haz de la tierra americana!

La patria, que parece haberte abandonado como Dios á su Hijo en las horas solemnes de la redencion humana, te abre el cielo del porvenir, levanta altares á tu gloria y prosternada ante tus plantas te saluda con el incienso de la gratitud y con los cantos inmortales de la libertad! Gloria á tu nombre! Hosanna! hosanna! hosanna!